

por la excepción bien extraña y singular de verse, no solamente los esclavos vulgares y domésticos libertarse de sus amos, sino también alzarse un opreso, un maltratado, un infeliz, un mártir como Británico, por un momento, á ceñir la corona de su padre y á representar el pueblo-rey, en cuyo seno latían pasiones de verdadero entusiasmo por aquel cuitado. Imaginaos con cuál impaciencia soportaría Nerón todo aquello tan opuesto, aunque pasajera-mente, á un poder del cual no quería desasirse ni un minuto. Callaba porque temía revelar con una palabra el estado de su ánimo, y dar pretexto al patriciado para mover el ejército contra su persona, y al ejército para mover contra su persona el pueblo. Cualquier palabra suya contra la liturgia era un suicidio. Así pudo señorear su temperamento rebelde á toda prudencia y no le traicionaron sus labios. Pero el ataque nervioso que le sacudía, el sudor que le bañaba, el relampagueo siniestro de sus ojos enrojados, el resuello de su pecho ahogado, la convulsión casi epiléptica de su cuerpo, mostraban la crisis horrorosa de su ánimo ante aquel espectáculo, pareciéndole á la verdad próximo un destronamiento de veras, si por acaso consentía mucho tiempo aquel imperio de mentirijillas con que le atormentaban las dichosas saturnales. Séneca, sentado muy cerca de su persona, le decía estas palabras, como en son de disertaciones abstractas sin aplicación á realidad alguna.

— Libertamos hoy á los esclavos de sus dueños y no sabemos libertarnos de las pasiones que nos dominan. Ellos rompen su cadena y nosotros no rompemos nuestra ira. Si sois activo por codicia, valeroso por cólera, muy amante por sensualidad, muy amigo por interés, muy granjeador del vicio, muy libre para el mal, como si nada de todo esto fuerais. Una razón que sólo cree aquello que le dictan sus pasiones, parece á un amor que sólo busca el placer y satisfacción de los sentidos. La virtud debe ser poderosa, porque cuanto más ella puede, más el bien general gana. Pero debe ser el vicio impotente, porque su poder sólo sirve para el mal. No confundáis la cólera con el valor. Es la cólera una pasión que ciega; y los ciegos con todo chocan y tropiezan. Un general sereno gana de continuo y un general iracundo de continuo pierde las batallas. Roma vence á los bárbaros porque se airan éstos, mien-

tras la ciudad conserva su paz de diosa. El odio mata, pero no engendra. Para engendrar se necesita el amor. Como Dios vivifica ó impulsa el universo, debe vivificar é impulsar el alma de suyo á nuestro cuerpo. La paciencia quizá sustituye al genio en los estadistas; y lo que únicamente se alcanza en poesía por la sobrenatural inspiración, se alcanza en política por hondas reflexiones y medurados acuerdos.

Aunque Nerón estaba distraído en la grande absorción de sus planes, encaminados á deshacerse de Británico, y oía como quien oye llover á Séneca, no dejaba de recoger alguna de aquellas sentencias estoicas y revolverse contra su forma imperante y contra su sentido de resignación y de paciencia en interiores protestas. La escena muda que pasaba entre su privado Tigelino y él tenía mucho más interés que todo cuanto se hablaba y se decía en el banquete. Poco antes de celebrarse tal fiesta el cortesano había visitado á la envenenadora. Y apenas entrado en la visita, recogió ella todos los zúmos varios de plantas venenosas y todas las destilaciones de materias, así minerales como animadas, que daban la muerte con sus corrosivas y aniquiladoras substancias. En un pomo de materia muy consistente y cerrado por modo hermético se concentraban y contenían todas aquellas mixturas preparadas para libertar á Nerón de su émulo y hermano. Quien siguiese á Tigelino tras la entrevista con Locusta viéralo ir en busca del escanciador principal de los emperadores en los grandes festines y entregarle aquel horrible objeto. Ya puede imaginarse, quien leyere, cómo estaría Nerón. En realidad, todos cuantos crímenes en el reinado suyo y en la preparación del reinado se cometieran, habíalos cometido su madre. El primero, á cuya perpetración él solo se había decidido y arrestado, era este singularísimo, el crimen que debía libertarle de Británico. Pero el recelo, el temor, la incertidumbre, la duda, batallaban dentro de su pecho en horrible guerra. No veía más que al escanciador encargado del veneno y no oía sino sus pasos, siguiéndole fascinado á todas partes con los ojos. Sin embargo, estas fascinaciones, esta enajenación de sí mismo, este apegamiento á un solo proyecto no le impidió escuchar la consideración de su maestro acerca del afecto cólera y de la palabra paciencia, contestándole con exaltación en los términos siguientes:

— Aún le parece, madre, á Séneca nuestra paciencia de césares poca. Pues dondequiera que pones mano, tocas una enconada enemistad al emperador y al imperio. En tiempo de la República se combatía con más desahogo á los magistrados y á las magistraturas de aquel tiempo; mas ahora, como el emperador y el imperio componen un todo inseparable, no puede, no, á éste darse un golpe que no caiga sobre aquél también y no lo trastorne todo y no malhiera á todos. Fuera del ejército, aquí no hay gentes fieles. Tras las guerras civiles todos aclamaban al imperio porque el imperio era la paz. Después de haber conseguido este supremo bien, échase muy de menos la pública libertad; y todos quisieran volver á sus agitaciones, aunque trajesen las guerras civiles consigo. En el Senado nadie levanta la voz; pero en las tertulias maldicen todos del gobierno. Los que, sentados en su sede curul, parecen estatuas, así que penetran en un círculo razonan y discurren sin tasa. Dentro de lo más ajeno á la política se halla una tremenda política conjura. Las reuniones literarias son reales conspiraciones. Esas conferencias inauguradas por Polión bajo Augusto llegan á no dejarnos vivir en paz. Un lector se atrevió á decir, impérande Tiberio, lo que sigue: «antes te gustaba el vino; ahora te gusta la sangre.» No hay tragedia sin traidor; y no hay traidor que deje de revestir la forma de un tirano; y no hay tirano que deje de representar y evocar á un César. Pues qué, ¿no he leído yo en versos, publicados bajo mi propio reinado, estas palabras: «Si los reyes no tienen maestros de perfidias y engaños y maldades y crímenes, ya se los enseñará el trono.» O estas otras: «El veneno sólo se propina en copas de oro.» No puede pasar un hombre de bien, como Trhaseas, por la calle, sin que le imaginen un enemigo del imperio, aunque todos sus discursos comiencen por loas al emperador. Si las lanzas se rebelasen como las lenguas, no quedaría títere con cabeza en Roma. Este invoca un apellido tan republicano como el apellido de Catón; aquél una sombra tan triste y nefasta como la sombra de Bruto. ¿Crees que se puede vivir así en Roma? Voy á recobrar mi poder. Esta misma fiesta, que ahora celebramos, no debía continuar. Cuando la malicia estaba proscrita del mundo, no se corría riesgo en hacer de los amos siervos y de los siervos amos. ¿Quién podría volvernos hoy á los

tiempos de Saturno, sin autoridad y sin leyes, en que los hombres vivían á su grado so las ramas de los árboles, y con una piel de borrego se vestían, y con un puño de bellotas se alimentaban, y bebían por todo licor de rodillas sobre las márgenes de césped las cristalinas aguas del fluyente arroyuelo. Pero ahora, el esclavo que manumitís por siete días, se cree dueño de sí mismo para siempre, y aquel que representa el emperador, como en este momento, no cree representarlo de mentirijillas, como en un teatro, sino de veras y muy de veras.

Cuando llegaba Nerón á este punto de sus reflexiones, Agripina creyó de su deber intervenir en su discurso y mostrarle cómo en palabras también le vencía y superaba, como apercebida por el cielo en divinos designios, no sólo á madre natural suya, sino á su eternal maestra y directora. Implacable perseguidora de Británico, mientras temió que los derechos de éste le quitaran el trono de su hijo, sobre quien estaba segura de mantener su poder, quebrantado ya por las indocilidades nativas á Nerón, habíase vuelto tras estas indocilidades á la devoción del entonado y le alentaba con empeño á irreverencias y amenazas, imaginando fácil mantener su poderío y supremacía entre las rivalidades múltiples de uno y otro. Así, creyóse obligada para la sustentación de aquel gran poder tutelar suyo á dirigirse al emperador, deteniéndole y refrenándole un poco, tanto en las temerarias críticas de los santos ritos del dios Saturno cuanto en los despegos de su hermano, constreñido por ella misma en aquella noche á producirse con toda libertad, sin sospechar siquiera que Nerón pudiese defender su persona y castigar á su enemigo con el terrible crimen que iba urdiendo con paciencia de araña y astucia de serpiente. Así Agripina le habló al César en estos términos:

— Mira, Nerón, jamás te vuelvas contra los tuyos. Por tu sangre tienes la púrpura que llevas sobre los hombros. Si no fueses de la familia del divino César, no serías emperador de la Ciudad Eterna. Tu madre Agripina te dió la educación correspondiente al rango tuyo. Tu esposa Octavia, la hija de Claudio, mi marido, te aportó en la dote suya esa diadema con que hoy te ufanas y envaneces. Por consiguiente, los que tales privilegios te han transmitido con el calor de su vida, bien pueden participar de él á de-

rechas y compartirlo con tu persona en santa comunidad. Así, nada tan indispensable como que tú completes las cualidades nativas tuyas con las cualidades propias de tu hermano querido. Británico y Nerón pueden formar y deben formar con Octavia y Agripina un grupo imperial, como no han visto ningún otro los siglos, y prosperar á Roma, como nunca se la prosperó en tiempo alguno antes. Así, deja que diga cuanto quiera Británico y apércibete á gobernar el imperio en compañía y junto con todos aquellos que te han dado tan precioso don, en el cual le corresponde, sí, el primer honor, el primer nombre, la primera dignidad; mas no todo el poder, pues de ese poder tenemos que participar naturalmente tu madre, tu esposa, tu hermano.

Mientras Agripina decía todas estas cosas, el cuerpo de Nerón temblaba como si estuviese azogado. Cada una de aquellas palabras le caía como una granizada de fuego en el oído, pero no le arrancaba ni una sola frase. Mientras Agripina decía tales cosas, tan desagradables para él, tornaba él sus ojos á todas partes y seguía con anhelo, así los pasos del escanciador encargado de propinar el veneno, como la siniestra figura de Tigelino, á quien había dicho diera la señal de matar á Británico en cuanto Británico pronunciara su aguardado discurso. Agripina presagió muy bien del silencio de Nerón. Creía obediencia y conformidad la reserva. No sospechaba cuanto se contenía de amenazador en aquel silencio. Después de haberlo engendrado, parido, educádolo, sobrepuesto á su alma y á su carácter el alma y el carácter maternas, Agripina desconocía el hijo de sus entrañas, no sabiendo penetrar en lo secreto de sus pensamientos y en lo recóndito de sus intenciones, cuando una tigre como ella sólo podía dar á luz un tigre como Nerón. La falta de respuesta en un ser tan susceptible de continuas emociones acaso le hubiera puesto en la pista, ó por lo menos en sospecha, de lo que maquinaba su hijo, si en aquel momento no hubiese dado el rey de tan excelso festín la orden de silencio y no se hubiera levantado el infeliz Británico á decir su libérrimo discurso, que tan caro debía costarle. Oigámosle:

— Esta festividad — decía en su discurso Británico — es la festividad de los esclavos. Así lo quiso el creador Saturno y así lo ha consagrado en siglos de siglos la divinidad que se llama Roma.

Hay quien ha querido expulsar los esclavos de la especie humana y hay quien cree que los dioses pueden curarse de los chinchas y no pueden curarse de los siervos. Y sin embargo, recordad cómo Júpiter castigó cruelmente á quien cruelmente castigara en cierta ocasión á un esclavo. Corría el año 164 de la fundación del pueblo rey. Un cierto Máximo azotó con haces de espinos á un su esclavo y lo paseó por el circo, antes de los juegos, atado á una picota. Pues bien: los dioses no solamente infligieron castigo al esclavo, infligiéronlo también á los patricios, que no habían querido en el Senado acusar al reo de semejante crueldad. Les llamamos á los siervos nuestra propiedad, y está su cuerpo formado de las moléculas mismas que nuestro cuerpo y el alma suya es como el alma nuestra.

Una salva ruidosísima de aplausos siguió á estas palabras; los cuales indignaron á Nerón en términos de que, inclinándose al oído de Agripina, le dijo:

— No se puede humanamente vivir así, no se puede. Con tales teorías el mundo se acaba y se viene á tierra la máquina celeste.

— ¿No podría en alguna ocasión acontecer que nosotros pasásemos á esclavos y los esclavos pasasen á señores?

— ¿Oyes lo que dice tu hermano? — preguntaba Nerón á Octavia, sin que la infeliz le respondiese una palabra.

— Como el divino Platón, á la manera de Creso y Diógenes y Hécuba, cayó en la esclavitud, con ser el primero de los filósofos, puede caer el divino Nerón, aunque sea el primero de los romanos, en la esclavitud también.

— ¿Has visto audacia como esa? — preguntó el emperador á su madre.

— Representa su papel de manumitido esclavo á maravilla — dijo la madre.

— ¡Los dioses quieran que sólo sea Nerón esclavo de sus pasiones!

— ¡Cuál temeridad! — exclamó Nerón. — Si para ser César necesita uno tolerar todo esto, prefiero ser histrión, titiritero, esclavo, cualquier cosa.

— Perdónalo, Nerón — atrevióse á decir Octavia; — tales palabras no están en su mente y en su voluntad, están en las costum-

bres nuestras. Si Británico no se tomase tamaña libertad de lenguaje, frustraría la expectación y la esperanza de los venidos aquí á escuchar cosas atrevidas y fuertes.

— Calla, deslenguada; eres peor cien veces que tu hermano.

Y al decir esto miró el emperador con tal odio á su esposa, que esta infeliz se tapó el rostro con las manos, como si no pudiera soportar lo fulminante de aquella mirada.

— Pues que mientras el esclavo de Nerón lo es por decreto del destino y por ley de necesidad, constitúyese Nerón de suyo en esclavo de su sensualidad, de su avaricia, de sus vicios, de su propio despotismo.

Un rumor espantoso corrió por el público al oír tales palabras. Nerón se levantó de su lecho é hizo una seña grave á su privado Tigelino. Hecha esta seña, el privado hizo á su vez otra seña grave al escanciador. Y, hecha esta seña, el escanciador se colocó, vaso en puño, al lado de Británico. El mucho vino apurado y el ardor intenso con que dijera las primeras palabras de su arenga secaron las fauces de Británico y pidió de beber. El esbirro que debía escanciar, le dió un vaso de oro. Británico lo apuró de un trago. Y no había concluído de beber cuando cayó en el suelo como herido de un rayo.

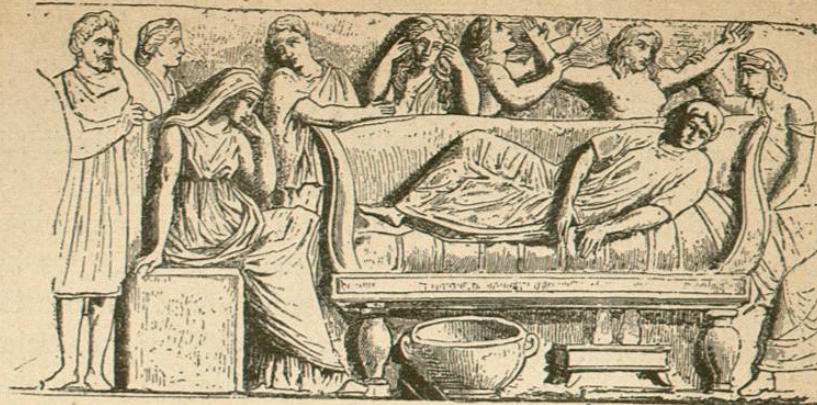
— ¡Dioses! ¡La muerte! — exclamó Tito lanzándose sobre su amigo que aún se estremecía.

— ¡La muerte! — añadió la pobre Octavia cayendo de espaldas.

— Sí, la muerte — dijo Nerón volviéndose á su madre Agripina. — Soy tu hijo.

— Perdida, perdida, perdida para siempre — dijo Agripina, muy aterrada en su interior, pero sin desconcertarse mucho exteriormente, guardando la olímpica serenidad que le acompañaba en los mayores trances.

— El primer crimen de César — dijo Séneca volviéndose á Lucano y Propercio. — Ninguno de nosotros morirá en su cama.



## CAPÍTULO XI

### EL VIBOREZNO

— ¿Desterrada del Palatino? — preguntaba el favorito Vitelio á la emperatriz madre.

— Desterrada, Vitelio, como ves.

— ¿La que antes agrupaba el pueblo romano en torno suyo, tan sola hoy?

— Enteramente sola.

— ¿Te acuerdas, Agripina, del astrólogo?

— No lo recuerdes, Vitelio.

— Los hechos de hogaño van á una confirmando las profecías de antaño.

— Yo he considerado siempre al hijo de mis entrañas capaz de herirme con un puñal en el seno que lo engendrara; mas no lo he creído capaz de lo perpetrado ahora, capaz de alejarme del trono y del palacio á la vista de todos.

— Con efecto, esta casa de tu abuela dista en riqueza y en comodidad y en gusto del Palatino tanto cuanto dista una choza de esta casa.

— Nada de corte: separa de mí Nerón los amigos y devotos míos, llamándolos enemigos suyos. Nada de aquellos esbirros y delatores que todos los poderes y todos los príncipes romanos han menester en torno suyo: la precaución para sí, la defensa de su per-